

El lenguaje de las emociones en las narrativas humanitarias durante la segunda guerra carlista (1872-1876)*

The language of emotions in humanitarian narratives during the Carlist war, 1872-1876

JON ARRIZABALAGA
CSIC-IMF, Barcelona
jonarri@umf.csic.es

Resumen: La última guerra carlista (1872-1876) constituyó el bautismo de fuego de la Cruz Roja Española (CRE) —fundada en 1864, el mismo año de la adhesión de España a la Convención de Ginebra— así como el más temprano gran conflicto civil al que el movimiento internacional de Cruz Roja se hubo de enfrentar. Pese a la imposibilidad legal entonces de que el Comité de Ginebra pudiera intervenir en guerras civiles, ambos bandos acordaron respetar los principios de la Convención, y la CRE —como otras organizaciones humanitarias, y de modo destacado *La Caridad*, que crearon los insurgentes— se volcó en actividades de socorro a los combatientes heridos y enfermos.

En este artículo se exploran las narrativas humanitarias de dos destacados líderes de CRE durante la guerra carlista: el oficial médico e inspector general de CRE Nicasio Landa y la jurista, reformadora social y secretaria de su comité central de Señoras, Concepción Arenal. Se analizan estas narrativas en diversas fuentes primarias (cartas, informes, relatos literarios, artículos), destacándose similitudes y diferencias mutuas con respecto a cuatro aspectos: (i) sus públicos, propósitos y estrategias; (ii) sus apreciaciones acerca de quiénes merecían la ayuda humanitaria; (iii) sus preocupaciones por el bienestar físico y emocional de los combatientes enfermos y heridos atendidos en distintos escenarios y transportados mediante diferentes procedimientos; y (iv) la identidad de los actores humanitarios. Todo ello al objeto de examinar el papel jugado por estas narrativas humanitarias en el modelado de la compasión de la ciudadanía hacia las víctimas en las guerras civiles y el consiguiente afianzamiento de la CRE.

Palabras clave: narrativas humanitarias; cuidados de enfermería; género; emociones; compasión; Concepción Arenal; Nicasio Landa; segunda guerra carlista.

Abstract: The last Carlist war (1872-1876) was the baptism of fire of the Spanish Red Cross (SRC) —founded in 1864, the very year when Spain adhered to the Geneva Convention— as well as the earliest major civil conflict in which the international movement of the Red Cross was involved. Despite the legal impossibility at the time that the Geneva Committee could intervene in civil wars, both sides agreed to respect the Convention's principles, and the SRC —like other humanitarian associations, and singularly *La Caridad*, that was created by the insurgents— threw themselves in relief activities to the wounded and sick combatants.

This article explores the humanitarian narratives of two outstanding leaders of the SRC during the Carlist war: Nicasio Landa, a medical officer and its general inspector, and Concepción Arenal, a jurist, social reformer and the secretary of its Ladies Central Committee. It analyses their narratives in different primary sources (letters, reports, literary accounts, articles) by paying particular attention to

* Trabajo en el marco del proyecto, financiado por el Gobierno español, «Acciones de socorro y tecnologías médicas en emergencias humanitarias (1850-1950): agencias, agendas, espacios y representaciones» (HAR2015-67723-P; MINECO/FEDER).

their similitudes and differences each other with regard to four aspects: (i) their publics, purposes and strategies; (ii) their appreciations as to who deserved humanitarian aid; (iii) their concerns about the physic and emotional wellbeing of the sick and wounded combatants being looked after in varied spaces and transported by means of different procedures; and (iv) the identity of humanitarian actors. All this with the object of examining the role played by these humanitarian narratives in modelling citizen's compassion towards the victims in civil wars, and the strengthening of the SRC.

Key words: humanitarian narratives; nursing care; gender; emotions; compassion; Concepción Arenal; Nicasio Landa; Carlist war.

Fecha de presentación: 12/07/2019 *Fecha de aceptación:* 24/10/2019.

1. INTRODUCCIÓN

En contraste con otros ámbitos sociales donde la sensibilidad humanitaria moderna apareció antes, su penetración en la esfera de la guerra no se hizo ostensible hasta mediados del siglo XIX, con ocasión de la Segunda Revolución Industrial y la expansión colonial de las potencias europeas. Solo entonces los servicios de sanidad militar nacionales experimentaron, en virtud de las crecientes demandas de la guerra moderna, profundas reformas dentro de las cuales se hizo sentir un renovado impulso de iniciativas filantrópicas múltiples y diversas. El movimiento internacional de Cruz Roja (CR) se convirtió pronto en la organización humanitaria más exitosa en el reclamo de compasión para las víctimas de las guerras (Hutchinson, 1996; Crossland, 2018).

La historia fundacional de CR es bien conocida. Se retrotrae a la iniciativa de cinco prominentes ciudadanos de Ginebra, miembros de la *Société Genevoise d'Utilité Publique*, de convocar en esa ciudad, en octubre de 1863, una conferencia internacional al objeto de estudiar el establecimiento de sociedades de socorro que ayudaran a los ejércitos nacionales a mejorar su capacidad de asistir a los soldados heridos en las nuevas guerras. El principal instrumento de CR era su habilidad para movilizar voluntarios civiles de ambos sexos, entrenados en tiempo de paz en tareas de socorro específicas. Estos voluntarios formaban parte de una única, aunque descentralizada, organización para cada estado-nación en conexión con la asociación internacional. Sus actividades humanitarias se encontraban protegidas legalmente mediante su status neutral en relación a los contendientes de los diferentes bandos. Los estados signatarios de la *Convention pour l'amélioration du sort des militaires blessés* proclamada en agosto de 1864 —más conocida como la Convención de Ginebra— estaban obligados a garantizar la inmunidad del personal y medios materiales de CR así como la de los individuos o instalaciones protegidos bajo su pabellón (Sánchez-Martínez, 2014).

España fue uno de los estados participantes en la conferencia de expertos celebrada en Ginebra en 1863 y se adhirió a la Convención el mismo año 1864. Cruz Roja Española (CRE) se constituyó antes de que concluyera ese año. Ahora bien, con la excepción del comité navarro, su desarrollo fue lento y su actividad escasa hasta finales de la década de 1860, cuando la organización se reactivó de modo progresivo como consecuencia del clima de inestabilidad política que siguió a la Revolución Gloriosa de agosto de 1868 y la movilización de iniciativas de ayuda a las víctimas de la guerra franco-prusiana (1870-1871). Su bautismo de fuego le llegaría con el estallido de la segunda

guerra carlista (1872-1876) —una sangrienta guerra civil, sobre todo en el norte de España, que confrontaría al ejército gubernamental con los insurrectos partidarios de la causa legitimista liderada por el pretendiente Carlos VII (1848-1909). Fue entonces cuando CRE desplegó plenamente su acción humanitaria de guerra pese a que los beneficios de la Convención de Ginebra no alcanzaban entonces a los conflictos civiles.

En este artículo se exploran las narrativas humanitarias de dos destacados líderes de CRE durante la guerra carlista: el oficial médico e inspector general de CRE Nicasio Landa y la jurista, reformadora social y secretaria de su comité central de Señoras, Concepción Arenal. Por narrativas humanitarias me refiero aquí a las reflejadas en diversas fuentes primarias (cartas, informes, relatos literarios, artículos) de ambos líderes, que se analizarán destacándose similitudes y diferencias mutuas sobre cuatro aspectos. En primer lugar, sus públicos, propósitos y estrategias; en segundo, sus apreciaciones acerca de quién merecía la ayuda humanitaria; en tercer lugar, la manera de mostrar su preocupación por el bienestar físico y emocional de los combatientes enfermos y heridos en distintos escenarios (frente de batalla, hospitales de campaña y de retaguardia) y los procedimientos de transporte (camillas, carruajes-ambulancia) propios de la acción humanitaria; y finalmente, los diversos actores suministradores de tal ayuda. Con todo ello me propongo examinar el papel que estas narrativas humanitarias jugaron en la modelación de los sentimientos de compasión de la población hacia las víctimas de las guerras civiles y, consiguientemente, en el afianzamiento de la CRE.

2. NARRATIVAS HUMANITARIAS DE GUERRA

El despliegue de narrativas humanitarias en torno a la segunda guerra carlista resulta bastante notorio, aunque la mayoría de ellas fueron obra de un número relativamente limitado de actores, sobre todo dos dirigentes de la SRC: Nicasio Landa y Concepción Arenal. El propósito permanente de ambos fue estimular la compasión de sus lectores por las víctimas de la guerra, si bien sus estilos fueron un tanto diferentes, ajustados a las sus respectivas audiencias. En efecto, las narrativas de Landa se dirigían predominantemente a los lectores varones y se centraban sobre todo en soluciones prácticas frente a un amplio espectro de problemas, mediante innovaciones tecnológicas de carácter instrumental o logístico, con un énfasis en el *modus operandi* humanitario. En contraste, las narrativas de Arenal se orientaban más bien hacia una audiencia femenina con un estilo más intimista y a través de relatos conmovedores con finales felices gracias a diversos tipos de iniciativas humanitarias en las que las mujeres podían ser tanto víctimas como actores humanitarios. Ambos líderes compartían, sin embargo, el común propósito de extender la misión de CR en España, educando a la ciudadanía en los valores del humanitarismo de guerra, estimulando su compasión activa hacia las víctimas de la contienda, y ensanchando la base social del voluntariado humanitario.

Católico liberal y polígloto, el oficial médico Nicasio Landa (1830-1891) se sentía fascinado por el avance científico, sus logros tecnológicos y su contribución al progreso social. Tras haber sido representante del Ministerio de la Guerra y único participante español en la conferencia de expertos de sociedades de socorros convocada por el «Comité de los Cinco» (más tarde conocido como el Comité Internacional de Cruz Roja [CICR]) en Ginebra, Landa se convirtió en un infatigable activista humanitario

durante el resto de sus días. Además, fue inspector general de CRE entre 1864 y 1876, sirvió como observador comisionado en la guerra franco-prusiana (a finales de agosto y principios de setiembre de 1870), y lideró la intervención de CRE en la Guerra Carlista (1872-1876). Desde 1876 hasta finales de la década de 1880 estuvo activamente envuelto en el *Institut de Droit International* de Gante, una institución entre cuyos objetivos estaba la construcción de un cuerpo de derecho internacional de guerra, destinado a reforzar las intervenciones del CIRC y otras organizaciones humanitarias en conflictos violentos. Entre las numerosas fuentes que incluyen las narrativas humanitarias de Landa, he prestado particular atención a tres. En primer lugar, sus cartas en *La Caridad en la Guerra* —órgano oficial de la Cruz Roja española que él mismo se ocupó de fundar en Pamplona, en abril de 1870— con ocasión de su viaje a los escenarios de la guerra franco-prusiana (Landa, 1870). En segundo lugar, su trabajo «Muertos y heridos», un largo relato por entregas que describe «los dolores y miserias que sufren las víctimas inocentes» en la última guerra carlista, así como el socorro sanitario proporcionado por la CRE (Landa, 2016). Y finalmente, el informe sobre un innovador sistema de suspensión elástica para camillas adaptables a carretas y vagones, que dirigió a las autoridades médico-militares españolas en medio de esta guerra, reclamándoles que autorizaran su adopción por CRE (Arrizabalaga y García-Reyes, 2016).

Católica social y liberal profundamente influenciada por el krausismo, la abogada Concepción Arenal (1820-1893) fue una destacada defensora del abolicionismo y las reformas sociales en la España a través de las actividades filantrópicas que desplegó en ámbitos tan dispares como la pobreza, las mujeres en prisiones, la educación de las mujeres y el socorro a las víctimas de la guerra. Durante la guerra carlista, se entregó de lleno a CRE, llegando a dirigir durante el segundo semestre de 1874 el hospital de guerra que su comité central de Señoras abrió y sostuvo en Miranda de Ebro (Burgos), en la retaguardia del activo frente norte de esta contienda. Además de *La Caridad en la Guerra*, Arenal publicó sus principales trabajos al respecto en *La Voz de la Caridad* (1870-1883), una revista de beneficencia y prisiones que cofundó y editó con Antonio Guerola, y que durante el periodo más crucial de la guerra carlista fue también el órgano oficial del comité central de Señoras de CRE. Arenal condensó de forma anónima sus conmovedoras experiencias como directora del hospital de Miranda en siete cartas «Desde un hospital» publicadas en dicha revista. Estas cartas exudan a menudo críticas antibélicas de carácter tanto moral como socio-político, hasta tal punto que las autoridades políticas prohibieron la publicación de una de ellas (Arenal, 1900). En la misma revista también aparecieron por vez primera los «Cuadros de la Guerra», una serie de veinticuatro artículos posteriormente publicados en forma de libro. Escritos en la misma época que sus cartas «Desde un hospital», estos artículos constituyen una crónica de los desastres de la guerra a través de sucesivas escenas —algunas de ellas dentro de hospitales— donde se refiere el sufrimiento y muerte de víctimas civiles y militares, y se describen diferentes acciones humanitarias de guerra (Arenal, 1913).

3. DESTINATARIOS DE LA AYUDA HUMANITARIA

De acuerdo a la Convención de Ginebra de 1864, solo los soldados heridos y enfermos en guerras que enfrentaban a distintas naciones, eran tributarios de socorro

humanitario. La situación creada por el carácter civil de la guerra carlista resultaba, pues, inédita en el seno del Comité de Ginebra, que se resistió a implicarse en el conflicto pretextando que solo se le reconocía su papel en las guerras internacionales. Ello no impidió, sin embargo, que los voluntarios de la CRE desplegaran su ayuda humanitaria en el campo de batalla. A este objeto movilizaron no sólo la solidaridad dentro y fuera de España, sino también toda su capacidad de influencia en las esferas del poder político español para dotarse de un marco legal mínimo que amparara sus intervenciones. Esto último lo lograron merced a una iniciativa sorprendente del comité navarro de la CR, que el 21 de febrero de 1870 aprobó dirigirse a las Cortes que entonces debatían una nueva Ley de Orden público en sustitución de la vigente de 1821. El comité navarro les pedía que al tratar las situaciones de rebeldía y sedición incluyeran las dos garantías recogidas en la Convención de Ginebra en relación a los heridos en guerras internacionales: el indulto de su pena a cualquier herido —aunque se tratase de un rebelde o sedicioso—, y que no se molestase a quienes les prestasen socorro sanitario. En el apartado referido al «estado de guerra» dentro de la ley finalmente aprobada (*Gaceta de Madrid*, 24 abril 1870: 1) no se recogió finalmente nada sobre indultos, pero sí se estableció (artículo 22) no considerar sediciosos ni rebeldes a «los individuos de las asociaciones filantrópicas legalmente establecidas para el socorro de heridos en casos de guerra» que los atendiesen; una protección normativa que constituyó una auténtica excepcionalidad en el Derecho comparado europeo de la época.

Dos años y ocho meses después de aprobarse esta ley, en los albores de guerra civil y ante un previsible recrudecimiento de las hostilidades, el comité navarro de la CR apeló a esta protección normativa en una circular, dirigida a los responsables de las secciones locales y delegados del provincial, y que fue posteriormente ratificada por la Comisión Permanente de la CRE, sobre los «procedimientos de socorro que parecen más adecuados en la clase de guerra que a este país amenaza, sin perjuicio de su amplia capacidad de acción para lo que su caridad le prescriba como más útil en cada caso particular». En ella, entre otros detalles, se recordaba que la CRE estaba amparada en el «ejercicio de su filantrópica misión» por la nueva Ley de Orden público vigente en España desde 1870. Pese a admitir que no podía reclamarse el cumplimiento de la Convención de Ginebra (1864) en las que llamaba «luchas intestinas», el comité apelaba al honor militar y al patriotismo, afirmando que «es de esperar que sus disposiciones benéficas sirvan siempre de norma a todo militar pundonoroso, pues no ha de ser peor tratado el compatriota, aunque de opinión contraria, que lo sería un invasor extranjero» (*La Caridad en la Guerra* [en adelante: CG], 1873, 4/34: 6). Según Landa, «si la sección Navarra había volado para socorrer a sus hermanos de Germania y de Francia, ¿cómo no había de auxiliar a los de su propia tribu, a los navarros!» (Landa, 2016: 148).

Ambos hechos, la modificación legal y argumento moral apelando a la patria común se bastaron para salvaguardar razonablemente mientras duró la guerra las actuaciones de la CRE; una asociación cuyo comité navarro subrayaba que estaba abierta a «toda persona de buena voluntad, sea cual fuere su posición social y opiniones políticas, siempre que sus antecedentes de moralidad y honor sean prenda de que no ha de abusar de nuestras insignias en menoscabo de la neutralidad» (CG, 1873, 4/34: 6-7). Por otra

parte, la presión ambiental en favor de los valores humanitarios en la guerra, junto con su conveniencia política para lograr el reconocimiento internacional como beligerantes, hizo que el bando carlista también asumiera este y otros principios de la Convención de Ginebra. Consecuentemente, los insurgentes también promovieron una sociedad de socorros, *La Caridad*, que actuaba en paralelo a la CRE.

No puede sorprender que Landa reclamara la compasión para todo combatiente enfermo o herido hasta su fallecimiento, si fuera el caso, sin distinción de bando o rango militar. Subrayaba que el «amor a la humanidad» era sinónimo de la caridad cristiana, por encima de las difamaciones provenientes de ambos bandos, e identificaba a los soldados heridos con mártires arguyendo que la caridad cristiana confería esta condición a cualquier sufriente. Buen ejemplo de esta campaña en favor de la compasión humanitaria es un expresivo pasaje de su relato «Muertos y heridos», donde se describe un episodio en la sierra de Urbasa (Navarra) en junio de 1872, cuando la guerra acababa de iniciarse. Tras haber caído herido en el campo de batalla, el combatiente carlista Pedro Irigaray (PI) —de hecho, un desertor del ejército regular que se había unido a la insurrección— mantuvo el siguiente diálogo con las «piadosas mujeres» (M) que le atendieron:

— [PI]: [¿Dónde estoy]

— [M]: En Zudaire.

— [PI]: ¿De qué partida son los que me han traído?

— [M]: Son los de la Cruz Roja, con nuestro médico don Francisco G[uitarte].

— [PI]: Pero quiero decir —instó el paciente, apremiado por su situación de desertor— que quién manda aquí, si los carlistas o los liberales.

— [M]: Esté usted tranquilo, que aquí solo manda la caridad. Aquí no hay más que Hermanos (Landa, 2016: 161).

Las actuaciones humanitarias en el marco de la segunda guerra carlista estuvieron primordialmente dirigidas hacia los combatientes heridos o enfermos, cubriendo tanto las tareas de primeros auxilios y evacuación a hospitales de campaña («hospitales de sangre») como su eventual traslado ulterior a hospitales de retaguardia, militares o civiles habilitados *ex professo*, donde aquellos acostumbraban proseguir su convalecencia. Ahora bien, la atención dispensada tendía a priorizar la atención a los heridos frente a los enfermos, y proporcionaba cuidados especiales a oficiales y otros mandos frente a la clase de tropa. De ahí que Arenal reclamara que los soldados enfermos no sufrieran ningún tipo de discriminación frente a los heridos, y destacara las malas condiciones de vida de los soldados en campaña como causa de enfermedad y muerte, igual que años antes lo había hecho Florence Nightingale con ocasión de la guerra de Crimea. Arenal también denunciaba la arbitrariedad y el clasismo de algunas normas de la sanidad militar relativas al cuidado a los soldados (en contraste con sus oficiales y jefes). Finalmente, defendía el valor de cada vida humana individual, y ensalzaba el valor y otras virtudes morales a menudo mostrados por anónimos soldados rasos y pobres a la hora de enfrentarse al sufrimiento y a la muerte.

A petición de Landa, quien había sabido de la existencia de «hospitales de caridad donde solo se admiten heridos», Arenal dedicó el decimoquinto de sus *Cuadros de la*

Guerra al soldado enfermo. Le calificaba de «víctima obscura y abandonada de la guerra» por la discriminación de que era objeto por parte de oficiales y jefes militares, visitantes de los hospitales, e incluso por parte de algunos donantes de ayuda humanitaria, a pesar de que la bandera de la Cruz Roja protegía tanto a unos como a otros (Arenal, 1913: 123-129). Tras haberse preguntado retóricamente en otro lugar si no era «tan difícil y tan necesario hallar soldados *sufridos* como soldados *valientes*» (Arenal, 1874), y afirmar que «el estar herido, sólo por excepción, es prueba de ser más valiente que otro que no lo esté», alegaba como sigue:

[...] basta consultar una estadística cualquiera, y comparar los militares enfermos y muertos de enfermedad en tiempo de paz y de guerra, para comprender que víctimas de ellas son la mayor parte de los que de enfermedad sucumben; añádase que, en toda lucha que se prolonga, si no hay grandes medios, mucha inteligencia e incansable solicitud para preservar a los militares en campaña de caer enfermos y cuidarlos después que han caído, las enfermedades hacen más víctimas que las balas (Arenal, 1913: 125).

En una de sus cartas «Desde un hospital», Arenal volvió a remarcar la idea de que el soldado fallecido de enfermedad es «una de las muchas víctimas de la guerra, que no figurará como tal porque no murió en el campo de batalla, ni de resultas de heridas». La singularizó en la muerte de un joven llamado Hilario Fuentes quien, ironizó, carecía de «la naturaleza de hierro que hay que tener para resistir la vida de los campamentos con mal vestido y mal alimento». Arenal quiso contraponer su crítica a las duras condiciones de vida de la tropa en campaña, con el esmero de los cuidados humanitarios de que el pobre soldado había sido objeto antes y después de su óbito: «Cuidado esmeradamente, recibió los auxilios de la ciencia, los consuelos de la Religión, y sobre su tumba no han faltado ni las oraciones de un sacerdote, ni las lágrimas de una mujer: triste consuelo para su pobre madre, pero no podemos enviarle otro» (Arenal, 1900: 486).

En otro cuadro de la guerra, Arenal refirió la evacuación de un soldado convaleciente de heridas de guerra y que se había infectado de viruelas, desde un hospital de sangre de la CR a otro «un poco peor» para infecciosos. Señalaba que su «sala de virulentos» era «un horrible foco de infección», donde ni cuidaban ni vigilaban a los enfermos. Además, conforme a las leyes militares, los soldados tampoco podían ser cuidados en casas particulares «a menos que su padecimiento les permita presentarse todos los días a la consulta», en contraste con los oficiales, quienes podían curarse donde quisieran (Arenal, 1913: 41-47). Y aún volvió a insistir en el clasismo de la normativa militar al denunciar en un tercer cuadro que la evacuación de un hospital militar de 200 soldados convalecientes de sus heridas con el fin de que pudieran ingresar allí otros más graves, se había hecho, en pleno verano a la hora más caliente del día, «en carros», y no por medio de la «vía férrea» próxima al lugar. Arenal se preguntaba retóricamente: si esta vía había estado operativa unos días antes «para llevar a los generales», ¿por qué lo que entonces «se hizo por los jefes sanos» no podía hacerse ahora «por los soldados heridos»? (Arenal, 1913: 51-62).

En su empeño por defender la dignidad individual de los soldados rasos «oscuros y anónimos» objeto de las atenciones de la CR, Arenal subrayaba que «[m]uchos a quienes podríamos enseñar a leer nos enseñan a sufrir, que es ciencia harto necesaria en este valle de lágrimas». Ensalzaba la «gran superioridad moral» en el «combate con el dolor físico» de que daban muestras estos «hombre[s] ignorante[s], muy inferior[es] a nosotros respecto a la inteligencia», a la hora de afrontar «las terribles pruebas de la enfermedad, resignándose sencillamente, sin aparato y, al parecer, sin esfuerzo, con males que tal vez abatirían nuestro ánimo» (Arenal, 1900: 481).

Y en otro pasaje, se ocupaba de contrastar la dispar apreciación que de las bajas de soldados en campaña hacían los mandos militares y los humanitarios (Arenal, 1900: 512-518). Si para los primeros, todo se limitaba a un mero cálculo numérico y les parecería «insignificante» la pérdida de dos bajas a cambio de tomar un pueblo, para los segundos cualquier baja individual era ya excesiva. El relato detallado de las lesiones y sufrimiento de dos soldados heridos, recientemente ingresados en el hospital de Miranda, uno de los cuales acababa de fallecer mientras el otro se debatía en una terrible agonía, le permitió ilustrar el punto de vista humanitario, que era el suyo, poniendo a su relato este emotivo punto final:

Además de las lágrimas que toda mujer compasiva derrama al ver partir a los hombres al combate [inminente en la vecina localidad de Laguardia], corren en este hospital lágrimas de madre que ve a su hijo entre los combatientes, y si cayera él solo no habría más que *una baja*, pérdida que no es nada para el mundo, que lo era todo para la pobre madre que le vio trasponer con tanta angustia, que mira al cielo encapotado pensando que se mojará, que mira a la tierra del otro lado del Ebro pensando si se empapará en su sangre... (Arenal, 1900: 517-518).

No todo eran, sin embargo, parabienes en las apreciaciones de Arenal sobre la capacidad de sufrimiento en silencio de los soldados atendidos en el hospital de Miranda. Arenal no ocultaba sus sentimientos de ambivalencia ante la misma («A primera vista consuela ver este modo de sufrir, pero analizándolo aflige»), al quejarse de que jamás emitían «el lamento de un alma que pide cuenta de su desdicha a la causa de ella». Un conformismo cuya fuente, a su juicio, no eran manidos males patrios tales como la «raza», la «resignación cristiana», el «estoicismo pagano» o el «fatalismo musulmán», sino la «ignorancia, [la] falta de elevación de espíritu y de conocimiento del derecho y de los principios de la justicia» (Arenal, 1900: 524-525).

4. MOVILIZAR LA COMPASIÓN DE LA CIUDADANÍA

Una de las principales motivaciones de las narrativas humanitarias exploradas fue la necesidad de difundir la misión de la CR en la peculiar coyuntura de la sangrienta guerra carlista con el fin de estimular la compasión de la ciudadanía y ampliar así la base social del voluntariado humanitario.

Las peculiaridades de la estrategia de Landa para reforzar la adhesión de la ciudadanía a la causa de la CR ante los desastres de la guerra pueden apreciarse en el caso del informe que envió a la Comisión Permanente de la CRE en una fecha tan temprana

como junio de 1872. Se describe la actuación cuidadosamente preparada y ritualizada de una «ambulancia expedicionaria» enviada desde Pamplona a Echarri Aranaz (a unos 40 Km y con estación de ferrocarril) para socorrer a 13 soldados y un insurgente carlista heridos graves en una escaramuza. El contenido del relato sobre la ayuda proporcionada a este reducido grupo de víctimas buscaba difundir la noticia de las buenas prácticas humanitarias de CR con el fin de movilizar la compasión de la ciudadanía. No puede tampoco subestimarse el efecto replicativo que la lectura del relato de esta actuación, reproducido en *La Caridad en la Guerra*, el órgano de prensa oficial de la CRE, tenía entre sus suscriptores. Según Landa, en el ayuntamiento de Echarri Aranaz se había improvisado un pequeño hospital de guerra bajo la bandera neutral de la Cruz Roja, «mantenido por la caridad de los habitantes» y que acogía a los heridos, bajo la dirección, «con el mayor acierto», del médico de la localidad, quien aparentemente no era entonces siquiera socio de la CR. Este dispositivo asistencial se había visto reforzado con la llegada de la ambulancia. Los voluntarios de la CR afrontaron de modo inmediato «la cura y socorro moral y material de los heridos», y al día siguiente, tras haber establecido un Comité de distrito en Echarri-Aranaz y otro en la vecina localidad de Bacaicoa, organizaron la evacuación de los diez cuyo estado lo permitía, primero en camilla hasta la estación del ferrocarril y luego en «un wagón [de ferrocarril] con camas» hasta Pamplona. El aviso anticipado, por telégrafo, de su llegada a la estación, había permitido organizar la acogida y posterior traslado al hospital militar de aquellos diez heridos con la mayor solemnidad y despliegue de medios humanitarios:

[...] marcharon 10 individuos del Comité [de la CR de Pamplona] y 40 hermanos en caridad que llevaban las camillas. A la llegada del tren se sirvió un refresco a los heridos y fueron colocados en las camillas, llevando cada uno un quitasol de los que las señoras de Pamplona habían enviado con este fin atendiendo a lo ardiente del sol. El convoy se puso en marcha llevando delante la bandera de la ambulancia, sostenida cada camilla por cuatro hombres y escoltada por uno o dos Hospitalarios, cerrando la marcha el carruaje para los heridos que podían ir sentados y el material de la ambulancia [...]. Un numeroso público se agolpaba en silencioso respeto a lo largo del tránsito, compadeciendo a las víctimas de la guerra y bendiciendo a la cristiana obra de la Cruz Roja (CG, 1872 3/29: 3).

Por su parte, Arenal inició, muy significativamente, sus cartas «Desde un hospital» con un cuadro goyesco de los horrores de la guerra, en el que dibujaba a un grupo numeroso de madres despidiendo a sus jovencísimos hijos varones. Había sido testigo de la escena desde el tren en la estación vallisoletana de Pozáldez durante su viaje de Madrid a Miranda de Ebro. Arenal lamentaba no poseer talento artístico para poder consagrar su «genio a pintar todos los dolores que consigo lleva la guerra y hacerla tan odiosa y tan odiada como merece serlo», carecer de un «voto decisivo en alguna academia», o incluso no contar con los recursos de un «rico protector de las artes» para ofrecer un «premio al cuadro que mejor representara *Las madres de Pozáldez*» (Arenal, 1900: 461-469). Tras ello, hizo toda una declaración naturalista de los principios que debían prevalecer si el artista buscaba provocar con la escena la compasión activa de sus lectoras hacia las víctimas de la guerra:

El genio estaba allí, no en idealizar, sino en copiar la realidad. No había que pintar el dolor embellecido ni contorneado, ni matronas de formas correctas, tez sonrosada y elegantes vestiduras, no; las madres de Pozáldez eran negras, desgreñadas, haraposas, horribles para los ojos que, como un espejo, reproducen impasibles las imágenes, pero trasfiguradas por el dolor, tenían esa belleza sublime que desdeña formas y colores porque sale del alma y llega a ella. (Arenal, 1900: 464).

Otra carta suya la dedicó a estimular el trabajo voluntario femenino en los hospitales de guerra de la CR, despejando lo que juzgaba dos preconcepciones erróneas sobre los supuestos riesgos de ese trabajo para su salud (Arenal, 1900: 478-487). De un lado, Arenal consideraba «completamente infundado el temor a contagiarse con ninguna enfermedad o de comprometer su salud viviendo en una atmósfera malsana» siempre que en un hospital hubiera «precauciones y limpieza esmerada», como defendía era el caso del que ella dirigía entonces en Miranda. Alegaba, en efecto, que dicho hospital gozaba de «mejores condiciones higiénicas» que «la mayor parte de las alcobas de Madrid», pues en él se ponía cuidado en que «los asistentes salgan algunos ratos al campo, [...], y tengan una vida metódica y perfectamente ajustada a las reglas de la higiene». De otro lado, defendía los efectos infinitamente benéficos de la compasión para la «salud del alma», arguyendo que la contemplación de «esta gran masa de dolores ajenos» no solo aportaba una «mayor facilidad de resignación para los males» propios, sino también exaltaba «el aprecio de los bienes, cuyo valor pone en relieve el que de ellos está privado». Además, defendía, el bien evidente y palpable que se hace compensaba con creces «todas las molestias y penalidades» sufridas. Al evocar la satisfacción generada por poder hacer el papel de madre con los sufrientes, Arenal apelaba a un feminismo esencial de las emociones naturales, sobre la base de que la maternidad como un hecho natural hacía a las mujeres capaces de cuidar de los demás:

El cuidado para dar las medicinas, la limpieza, la alimentación sustanciosa, la dulzura, sustituyen al descuido, al abandono, al desaseo, a la aspereza, y las consecuencias materiales y morales son inmediatas y visibles. ¿Qué satisfacción ver todo aquel bien, que no se haría sin nosotros, y procurar hacer veces de madre para los que en su dolor la llaman! (Arenal, 1900: 483).

Aquí y en otros pasajes ironizaba sobre la «gente dichosa» cuya huida «de los espectáculos del dolor que puedan turbar su ventura» le parecía «natural», aunque no «razonable», y arremetía después contra «tanto aburrido y tanto desdichado que se fastidia y sufre estérilmente» (Arenal, 1900: 545-546), para acabar haciendo un canto al altruismo como *modus vivendi*:

El empeño de ser dichoso, dado cierto estado del alma, no es menos absurdo que el de parecer joven en la decadencia del cuerpo. Viviendo para los otros es cómo únicamente se encuentra alguna dicha para sí: la gente hastiada, aburrida, desesperada, es la que no ha dicho: *Si no puedo ser feliz, quiero ser útil*, y no ha convertido su existencia en un instrumento para el bien, ni podido recibirlo por reflejo cuando ya directamente es imposible. (Arenal, 1900: 484-485).

5. CUIDAR A ENFERMOS Y HERIDOS EN CAMPAÑA

El despliegue de la ayuda humanitaria de la CRE a los soldados heridos y enfermos con motivo de la última guerra carlista se vio favorablemente influenciado por la experiencia, aún reciente, de la guerra franco-prusiana (1870-1871), no solo porque esta guerra había motivado la primera gran movilización solidaria de la CRE, sino también porque las actuaciones entonces del Comité de Ginebra y de las secciones nacionales francesa y sobre todo prusiana de la CR sirvieron de modelo a las de aquella. Una circunstancia que puede apreciarse bien en las tres cartas que Nicasio Landa remitió a finales de agosto de 1870 en el transcurso de su ya referido viaje comisionado, como inspector general de la CRE, a los escenarios de la franco-prusiana.

En su carta desde Basilea (Landa, 1870, 1/8: 1-2), Landa refirió la visita de la «Agencia» que el Comité de Ginebra había establecido en esa ciudad suiza como «punto avanzado de socorro internacional», haciendo una descripción pormenorizada sobre el funcionamiento y competencias de esta «oficina de correspondencia y remisión». Observaba, por ejemplo, que dentro de sus tareas de gestión de la correspondencia de guerra, dicha agencia se ocupaba no solo de las comunicaciones «de los comités de socorro de los países beligerantes entre sí, y con los neutros y vice-versa», sino también de la correspondencia «de los heridos que desde los hospitales extranjeros escriben a sus familias, y vice-versa».

Este servicio, que Landa calificaba de «muy grande y de un valor moral inapreciable», se había visto, además, suplementado por una nueva tarea recientemente asumida por la agencia: «hacer llegar a los heridos en el extranjero las cantidades [de dinero] que sus familias quieran remitirles». Desconocemos en qué medida los medios logísticos de la CRE durante la segunda guerra carlista permitieron organizar un servicio de correspondencia tan eficiente. Sabemos, sin embargo, que la comisión permanente de la CRE acordó, a propuesta del comité navarro, adoptar «por su utilidad y economía» sendos modelos de «tarjetas postales, la una para dar razón del estado de los heridos a sus familias y la otra para la correspondencia entre la Asociación, que puede ser pública». El primero de estos modelos incluso se reprodujo en el boletín de la CRE (CG, 1873, 4/43: 4, 16). Tampoco puede sorprender que la asociación de socorro «La Caridad» optara por utilizar *El Cuartel Real*, órgano de prensa oficial del bando insurgente, para poner a las familias al corriente del paradero de combatientes allegados suyos que recibían auxilio en hospitales carlistas.

La tercera carta de Landa como observador de la guerra franco-prusiana procedía de Karlsruhe y centraba su atención en la organización y despliegue de los socorros humanitarios por parte de las sociedades alemanas de la CR; en concreto, los dispuestos por la sociedad nacional del Gran Ducado de Baden, uno de los doce estados primero adheridos a la Convención de Ginebra de 1864, en aquel escenario del «teatro de la guerra» (Landa, 1870, 1/8: 2; 1/9: 1-2). Entonces, uno de los principales focos de su interés fue un gran hospital de retaguardia —de 400 camas— que CR había establecido en un viejo «depósito de locomotoras». Landa se deshizo en elogios acerca de su funcionamiento, tanto en términos médicos, como de «asistencia moral y material», con un particular énfasis en la «benéfica influencia» que la «presencia de mujeres educadas»

ejercía en este tipo de hospitales. Entre ellas, destacaba a «las señoritas de las mejores familias de Carlsruhe que alistadas en el comité vienen por turno a hacer su guardia [de enfermeras] bajo la dirección de algunas señoras»; todas las cuales, añadía, «encubren su lujo o su pobreza con un mandil de rayas azules y todas se esmeran al lado de las hermanas de la Caridad y las Diaconisas, en cumplir sencillamente, sin ostentación ni aparato, los oficios más humildes y aun tal vez repugnantes».

En este punto, Landa se hacía eco de la favorable opinión del jurista y político liberal francés Édouard Laboulaye (1811-1893) acerca del papel de las mujeres en los hospitales estadounidenses con ocasión de la Guerra de Secesión (1861-1865). Con él asentía que gracias a las mujeres, el hospital no era «para el soldado otra forma del cuartel, sino una prolongación del hogar doméstico»; una idea que ilustró con un expresivo detalle:

Observo que en todas las mesillas hay uno de esos marcos caballetes que sirven para colocar un retrato de tarjeta y así cada enfermo puede contemplar a la cabecera de su cama la imagen de la persona que le sea más querida. ¡Quién sino una mujer ha podido pensar en añadir este detalle al menaje ordinario de un hospital! (Landa, 1870, 1/9: 1).

Años después, encontramos múltiples reminiscencias del papel inspirador que el modelo de hospital de guerra alemán tuvo en la organización de los hospitales de la CR en plena guerra carlista. Ello resulta patente cuando Landa volvía a evocar el ideal de Laboulaye sobre los hospitales estadounidenses, pero sobre todo en el papel crucial que las mujeres jugaban en el logro del mismo, que afirmaba haberse logrado en el hospital de guerra que él había fundado y que el comité central de Señoras de Madrid gestionaba en Miranda:

El otro día fui a verlo, y encontré ese ideal realizado. Las paredes y las camas están tan blancas, los suelos tan limpios, los sirvientes tan cuidadosos y los enfermos tan contentos, que desde luego se adivina la influencia benéfica del sexo amante y compasivo. Mientras yo goberné ese hospital, bien procuré su limpieza sin llegar jamás a la pulcritud que hoy tiene; bien me esforcé en mantener orden y disciplina empleando hasta la amenaza y el castigo moral; y hoy, sin necesidad de nada de esto, es aquella casa una mansión de paz y tranquilidad; es que yo había puesto sobre el edificio la bandera de la Cruz roja, pero todavía los ángeles de la caridad no lo cubrían con sus alas. Es que la voz del hombre es dura, aun cuando ruega, mientras que la de la mujer es dulce, aun cuando reprende. Es que hay cosas importantes que no se aprenden a fuerza de talento, ni a fuerza de dinero, sino a fuerza de cariño y que por tanto sólo ustedes pueden lograr (*La Época*, 21/06/1874).

Conforme al nuevo testimonio de Arenal (Arenal 1900: 465-469), Landa había vencido grandes dificultades materiales y logísticas derivadas de la guerra para habilitar de modo necesariamente apresurado en Miranda un hospital de entre 80 y 95 camas, destinado a «recoger los enfermos de más gravedad, que estaban literalmente sobre el fango de la calle», habida cuenta de que esta ciudad constituía un nudo ferroviario «de cierta importancia estratégica» en el contexto del frente norte de la guerra carlista. Por

su parte, Arenal tampoco ocultaba las dificultades insalvables —«en ninguna parte había personal disponible»— con que habían topado para «conseguir Hermanas de la Caridad, ni francesas, ni españolas, ni de la Esperanza, ni Siervas de María» que se ocuparan de atenderlo. Ello debe ponerse en relación con las muestras de incompreensión, si no abierta oposición con graves calumnias, sobre las actividades de la CRE y, en particular, de su sección de señoras. Para llenar este gran vacío, Arenal había recurrido a «mujeres caritativas» que, según alegaba, se sentían aunadas por su labor asistencial de socorro a los soldados heridos y enfermos en campaña a que su ideario humanitario les impulsaba, por encima de las insalvables diferencias de bando de sus familiares combatientes:

J. y M. han venido a traer su actividad incansable y su caridad sin límites a esta casa, auxiliadas por algunas señoritas de la población. Las dos más asiduas, y que no faltan nunca a la hora de repartir la comida, tienen una su padre y otra su hermano con los carlistas, y asisten a los soldados de la República como la cosa más natural y sencilla, con una sublime ignorancia del mérito de su acción. Las otras enfermeras tienen un hijo y dos hermanos en el ejército de la República; mientras el odio anima a los suyos unos contra otros, la caridad une a estas mujeres, que prescinden de todas las miserias, de todos los errores y de todos los crímenes de los partidos en armas (Arenal, 1900: 467-468).

Arenal reivindicaba la positiva «influencia de los sentimientos benévolos, aun en medio de la guerra, que es toda odio y rencores». Su optimismo antropológico le llevaba a afirmar que «el prestigio del amor está a prueba de todo, hasta de derrotas», como ponía de manifiesto la estima de los soldados por el general que les manifestaba «algún afecto» (Arenal, 1900: 526-527). En todo caso, le interesaba ensalzar el modélico comportamiento de los soldados ingresados en el hospital de Miranda, en justa correspondencia al buen trato que se allí les dispensaba:

Aquí no hay reglamento, ni disciplina severa, ni médico con estrellas y galones, ni temor de ningún género, y es notable el buen comportamiento de los soldados; más que hospital parece un convento por el silencio: ni una camorra, ni una disputa, ni una falta de respeto a las señoras, ni al facultativo, ni al padre capellán, ni una apropiación de lo ajeno. En cambio, ¡cuántas pruebas de gratitud y de consideración, y hasta de caballerosidad y de ternura, en hombres rudos, de los que algunos al irse dan las gracias con los ojos húmedos! En medio de la guerra, que cuando se prolonga engendra en los ejércitos tantas cosas malas, ¿cómo los soldados en este hospital son tan buenos? Porque se los trata bien. ¡Cosa tristísima que al regir a la humanidad se haga tan poco uso del grande y noble resorte a que rara vez deja de obedecer, el *amor*! (Arenal, 1900: 527-528).

Podemos volver a apreciar el contraste entre las narrativas humanitarias de Arenal y Landa, analizando como contrapunto, el informe que Landa redactó como mayor médico e inspector general de CRE proponiendo su nuevo sistema de suspensión elástica para camillas. Lo dirigió a sus superiores militares nueve meses antes del fin de la

guerra carlista, al objeto de que Cruz Roja pudiera introducirlo en sus carruajes de ambulancia (Arrizabalaga y García Reyes, 2016: 891-893).

Su propósito era mejorar el transporte de los heridos, particularmente en la fase más larga y penosa de su traslado «desde los hospitales de sangre del campo de batalla a los permanentes situados en territorio de dominación asegurada», de manera que se les ahorrara sufrimiento y se les evitara un agravamiento de su estado. Tras haber contrastado los modernos sistemas de transporte «en carruajes de ambulancias, wagones o buques hospitales» con la cruda realidad de una guerra civil en la que los heridos seguían siendo transportados «en carretas de madera toscamente labrada, arrastradas por mulos o por bueyes», Landa presentaba el nuevo sistema de suspensión de su invención como «sólido, sencillo y económico». Lo había diseñado en colaboración con un fabricante de máquinas de Pamplona, tras haber estudiado otros sistemas de suspensión similares, desarrollados en otros países occidentales. Lo había probado en sus propios huesos y en los de algunos amigos suyos —presumiblemente miembros del comité navarro de la CR— tumbados en camillas suspendidas de esta manera dentro de una carrera que «corría sobre los raigones y asperezas de una alameda recién talada junto a Pamplona». Landa aseguraba que su sistema mejoraría mucho el confort de cualquier herido trasladado en la más humilde carreta y que era fácilmente adaptable a los sistemas más sofisticados de transporte sanitario. Significativamente, entre los argumentos para persuadir a sus superiores militares de que aprobaran el nuevo modelo de suspensión a expensas de la CRE, Landa recurría a un conmovedor testimonio personal sobre las condiciones reales del transporte de heridos en España durante la guerra carlista:

[Y] he podido apreciar la suma de sufrimientos que uno o dos días de carreta imponen al infeliz herido, que solo las sobrelleva ante el afán de llegar a un hospital, o de acercarse a sus deudos. No olvidaré nunca el triste momento en que un fracturado no pudiendo tolerar más la tortura de una carreta de bueyes, me rogaba le dejara abandonado en la cuneta del camino (Arrizabalaga y García Reyes, 2016: 892).

6. CONSIDERACIONES FINALES

La imposibilidad estatutaria del Comité de Ginebra de la primera CR para intervenir en conflictos civiles como la última guerra carlista no impidió que amplios sectores de las elites y del común de la ciudadanía se mostraran receptivos a los principios y valores humanitarios recogidos en la Convención de Ginebra (1864), hasta el punto de que los dos bandos acordaron respetar sus términos y este acuerdo mutuo funcionó razonablemente bien.

A ello contribuyeron sustancialmente las narrativas de los líderes de la CRE, sobre todo Concepción Arenal y Nicasio Landa. Sus relatos permitieron construir, por encima de las diferencias ideológicas y políticas entre ambos bandos y de la fractura social que llevó a la guerra y que esta obviamente ahondaría, una única comunidad emocional en torno a prácticas y valores humanitarios comunes. Las narrativas de ambos líderes coincidieron en asignar a las mujeres un papel crucial en los cuidados físicos y emocionales de los cuerpos de los combatientes de los dos bandos, de forma que la acción

humanitaria de las mujeres en esta guerra modeló una concepción de género de la compasión hacia las víctimas de la guerra.

En suma, los efectos performativos de las narrativas humanitarias de Arenal y Landa sobre las emociones de la población —singularmente, la compasión— ante la guerra carlista contribuyeron a «civilizar» este sangriento conflicto al enmarcarlo en las prácticas y valores de la Convención de Ginebra. Resulta incierto establecer hasta qué punto la movilización de estas emociones repercutió en la política española más allá del final de la guerra carlista. Sabemos, en cambio, que la CRE quedó tan exhausta tras este conflicto civil que no recuperaría su aliento hasta veinte años después, con ocasión de la guerra de independencia cubana de 1895-1898.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARENAL, Concepción (1874): «La caridad en la guerra y la justicia en la caridad», *La Voz de la Caridad*, 100, 01/05/1874, p. 54.
- ARENAL, Concepción (1900): *Artículos sobre beneficencia y prisiones*, Madrid, Librería de Victoriano Suárez, tomo II, pp. 461-469 (1ª carta), 478-487 (2ª carta), 494-501 (4ª carta), 512-518 (5ª carta), 519-528 (6ª carta), 541-548 (7ª carta).
- ARENAL, Concepción (1913): *Cuadros de la guerra carlista [1880]*, Madrid, Librería de Victoriano Suárez.
- ARRIZABALAGA, Jon y J. Carlos GARCÍA REYES (2016): «Innovación tecnológica y humanitarismo en el traslado de heridos de guerra: el informe de Nicasio Landa sobre un nuevo sistema de suspensión elástica de camillas (Pamplona, 29 mayo 1875)», *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, 23, 3, pp. 887-897 [Fecha de consulta 15/10/2019: <http://periodicos.fiocruz.br/pt-br/publicacao/1067210>].
- CROSSLAND, James (2018): *War, Law and Humanity: The Campaign to Control Warfare, 1853-1914*, Londres, Bloomsbury.
- HUTCHINSON, John F. (1996): *Champions of charity. War and the rise of the Red Cross*, Oxford, Westview Press.
- LANDA, Nicasio (1870): [cartas desde Ginebra (26 agosto), Basilea (28 agosto) y Karlsruhe (31 agosto)], *La Caridad en la Guerra*, 1/7, pp. 1-2; 1/8, pp. 1-2; 1/9, pp. 1-2.
- LANDA, Nicasio (2016): «*Muertos y heridos*» y otros textos, edición, estudio y notas a cargo de Guillermo Sánchez y Jon Arrizabalaga, Pamplona, Pamiela, pp. 135-255.
- SÁNCHEZ-MARTÍNEZ, Guillermo (2014): «Enemies by accident, neutral on the rebound: diversity and contingency at the birth of war humanitarianism, 1862-1864», *Asclepio*, 66, 1 [Fecha de consulta 15/10/2019: <http://asclepio.revistas.csic.es/index.php/asclepio/article/view/580/672>].